

PONENCIA DEL ITINERARIO:

COMUNIDAD

D. Eloy Bueno de la Fuente

Catedrático de la Facultad de Teología del Norte (Burgos)

Hablar de comunidad en un Congreso sobre Pastoral Vocacional es evidente y necesario porque toda vocación cristiana es eclesial y porque la vida eclesial es un dinamismo permanente de vocaciones. Vocación y comunidad por tanto van siempre unidas, porque se exigen y se necesitan recíprocamente. Por ello esta exposición vive de este presupuesto y pretende desplegar sus implicaciones y potencialidades.

La Iglesia en lo concreto debe vivirse y manifestarse como un *nosotros* que sea de modo efectivo un *sujeto histórico* capaz de asumir sinodalmente la misión para la que existe. Ello no sería posible si cada bautizado (o cada grupo) actuara de modo aislado. Como afirma Francisco, sin el “nosotros” que trasciende el “yo” de los intereses particulares la vida (también y sobre todo la eclesial) se fractura.

Dentro de este horizonte adquiere todo su sentido y relieve el lema del Congreso *¿Para quién soy yo?* Un ejemplo magnífico de respuesta a esta pregunta la ofrece san Agustín en su famosa frase, que tiene especial significado por tratarse de un obispo: *con vosotros* soy cristiano y *para vosotros* soy obispo (Ser 340,1). Con ello se nos ofrece una clave de comprensión para nuestra tarea de estos días: el ministerio episcopal es esencial en una comunidad eclesial, pero no puede desgajarse o desvincularse de los otros: es un servicio (*diakonía*) que se presta a los demás pero desde la base compartida del bautismo que otorga la condición y la dignidad de cristianos (*koinonía*).

Esto lo comprenderemos mejor si somos conscientes de lo que significa *ser Iglesia*, porque ello nos permitirá superar algunas “desviaciones” (en expresión de Francisco) o “llagas” (en expresión de Rosmini) que bloquean una experiencia auténtica de la eclesialidad.

1.- ¿Quiénes somos la Iglesia?

La pastoral vocacional solo podrá plantearse de modo adecuado, ilusionante y fecundo si se afronta desde su raíz la enfermedad (desviación o llaga) fundamental de nuestra experiencia eclesial: esa enfermedad es la distancia que muchos establecen entre la experiencia subjetiva de creyente y la realidad objetiva del “nosotros” eclesial; esa distancia contrapone la realidad de la persona creyente y la Iglesia en su conjunto, con lo cual la eclesialidad queda reducida a algo vago e impreciso, al cumplimiento de determinadas normas o prácticas o a la satisfacción que otorga la pertenencia a un grupo afectivo.

Un síntoma de esta insuficiencia es la normalidad con la que se pregunta *¿qué es la Iglesia?*; desde esta perspectiva la Iglesia aparecerá como

una organización institucional, como una estructura sacramental, como un sistema doctrinal o moral, encarnado en algunas personas que ejercen un ministerio (obispos y sacerdotes), pero en cualquier caso siempre como “otra cosa” distante y distinta del bautizado.

La perspectiva cambia sustancialmente cuando se pregunta: *¿quiénes somos la Iglesia?* (o, en todo caso, *¿quién es la Iglesia?*). La primera pregunta se refiere a cosas; esta segunda sin embargo pone de relieve que la Iglesia es una *realidad personal* y que, en consecuencia, pasan a primer plano las relaciones que se van generando en el ejercicio de la misión y en el servicio al Reinado de Dios anunciado por Jesús; este anuncio (*kerygma*) resonó entonces como un jubileo, que sedujo a sus discípulos como el objetivo al que valía la pena consagrar la vida entera. ¿Es esa nuestra experiencia actual?

El Documento final del pasado Sínodo sobre la sinodalidad, incorporado por Francisco a su magisterio ordinario, refleja esta misma perspectiva: “La sinodalidad implica una profunda conciencia vocacional y misionera, fuente de un estilo renovado en las relaciones eclesiales (n. 141). Tras describir el corazón de la sinodalidad y afirmar que la sinodalidad es dimensión constitutiva de la Iglesia, presenta la Iglesia desde esta perspectiva relacional. Y es precisamente en el entramado de las relaciones personales que constituyen la Iglesia donde son mencionados (el documento los presenta unidos porque viven de la misma lógica y del mismo dinamismo) *los carismas, las vocaciones, los ministerios*. Todos ellos deben ser entendidos en el seno de la comunidad eclesial, porque viven de ella y a la vez la alimentan, la enriquecen, le dan contenido de realidad: “Las diversas vocaciones eclesiales son expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y a la misión” (n. 57). Una Iglesia sinodal es una Iglesia más capaz de alimentar relaciones; ello reclama una “conversión relacional” para que se haga transparente la gracia de Cristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu” (n.50). Toda vocación por tanto debe ser vista en este marco relacional y eclesial, y de modo recíproco las relaciones genuinamente eclesiales se irán traduciendo y concretando en las opciones vocacionales de cada uno de los bautizados. Desde este presupuesto resulta posible responder a la pregunta *¿para quién soy yo?* y entender mejor *quién es la Iglesia*.

2.- La Iglesia como vocación: existe gracias a una llamada para la misión

La Iglesia (como indica el término griego *ek-klesía*) es la *reunión o asamblea* que se ha producido *en virtud de una convocatoria*: el anuncio del Jesús muerto y resucitado (el *kerygma*) resuena como una convocatoria, a la que algunos (entre muchos) han respondido y se han reunido para celebrarlo, testimoniarlo y comunicarlo. Por eso podemos decir que *la Iglesia es vocación*: es una comunidad de llamados, de vocacionados. Sin este dinamismo de la vocación no habría ni Iglesia ni cristianos.

La Iglesia, en consecuencia, no surge por iniciativa humana ni por procesos de carácter psicológico o sicológico, sino por iniciativa de Dios, del Dios Trinidad que sale al encuentro de los hombres “como amigo” (DV 2). Ahora

bien, este acercamiento de Dios es a la vez una llamada y un envío: la Iglesia es llamada para algo, para una misión que es de alcance universal: para acercarse a todos, para dar realidad en el mundo al proyecto de Dios, para comunicar ese amor “hasta el extremo” (Jn 13,1), que la coloca permanentemente *en salida*, al encuentro de la humanidad peregrina. El Dios que llama es a la vez un Dios misionero. Por ello se puede afirmar con toda verdad que no es la Iglesia la que tiene una misión, sino que la misión del Dios Trinidad tiene una Iglesia; esa misión en favor de la humanidad y de la creación entera antecede a la Iglesia y la llama a la existencia. Desde este punto de vista podemos decir que la misión de Dios antecede a la Iglesia y que la misión de la Iglesia antecede (y por ello acoge y engendra) al creyente individual. Vocación y misión van íntimamente unidas: toda vocación es un ejercicio de la misión.

Ser cristiano no es un hecho meramente biológico o natural en virtud del nacimiento. El cristiano, decía Tertuliano, no nace, se hace (*Apol XVIII,4*). Ello supone una opción, una decisión, como respuesta a la gracia de un don previo de Dios y del anuncio del Evangelio. El bautismo es de hecho un nuevo nacimiento, que debe ser considerado en conexión con la confirmación y la eucaristía (en el seno del dinamismo del gran sacramento de la iniciación cristiana). Es un nuevo nacimiento *para integrarse como protagonista* en la historia de amor iniciada por el mismo Dios que se entrelaza en la historia misma de los seres humanos. La diversidad de vocaciones será la irradiación múltiple de ese amor regalado desde el principio en favor de la familia humana. El bautismo no es algo que pertenece al pasado de cada cristiano, sino la base (y el contenido) de toda su vida cristiana; desde ese punto de vista la Iglesia puede ser considerada como la comunión de misiones personales. El yo está integrado en el “nosotros” eclesial.

La imposición del nombre propio en el acontecimiento bautismal expresa lo que está en juego en el misterio profundo de la persona: el Dios misionero por su propia iniciativa llama a cada uno por su nombre para que pueda vivir en plenitud en esa historia de amor en y desde el dinamismo de las relaciones eclesiales. En virtud del bautismo cada uno recibe una llamada a la santidad, que deberá irse modulando gracias a las relaciones en la Iglesia y al ejercicio de la misión.

Una imagen del Nuevo Testamento muestra de modo visible esta vinculación tan íntima entre el yo bautizado y el *nosotros* eclesial: vosotros sois *pedras vivas* del edificio (la Iglesia) que está construyendo el Espíritu (1Pe 2,5); como la Iglesia es una realidad personal, requiere pedras vivas, no pedras muertas; estas sirven para un templo físico y meramente mundano; aquellas nos remiten a una realidad personal, de personas reales protagonistas de una historia de amor y de una misión.

Esta misma perspectiva se expresa de modo gráfico en un libro escrito en Roma en la primera mitad del siglo II y que (a pesar de algunas expresiones extrañas) gozó de una enorme popularidad en la antigüedad cristiana: el Pastor de Hermas. El personaje principal es destinatario de una serie de visiones, de las que nos interesa recordar una de ellas que destaca aspectos fundamentales de

nuestro tema: a) el vidente contempla una torre que está siendo edificada en medio del agua; la torre es evidentemente la Iglesia que se va construyendo gracias a las aguas del bautismo; b) la torre va alzándose y adquiriendo figura gracias a las piedras, de diversas formas; estas inicialmente se encuentran fuera del agua, es decir, aún no han pasado por el agua bautismal; c) esas piedras distintas, según sus características, están llamadas a ser apóstoles, doctores, viudas... una vez que se purifiquen y pasen a una vida nueva gracias a la renovación bautismal; d) quien explica a Hermas el significado de la visión es una mujer; esta al comienzo aparece envejecida, y progresivamente va rejuveneciendo; el significado es claro: la Iglesia recupera su juventud y su lozanía gracias a la aportación, a la novedad y a la frescura de las nuevas piedras (piedras vivas), que aportan su belleza a la torre que se está construyendo (*Vis IV,2; Comp IX*).

3.- Centralidad y protagonismo del bautizado como Iglesia

Estas ideas se encuentran en la base del planteamiento eclesiológico del Vaticano II, que ha sido comparado con un auténtico giro copernicano: se superaba una visión de la Iglesia que numerosos Padres conciliares caracterizaban como triunfalista, eclesiocéntrica y clerical; la constitución dogmática *Lumen Gentium* introdujo como capítulo segundo la noción *Pueblo de Dios*, tras haber hablado del Misterio de Dios y de la Iglesia, pero antes de hablar de la jerarquía, del laicado, de la vida religiosa; con este cambio novedoso se estaba indicando que las diversas vocaciones, carismas y ministerios tenían su sentido y su función en el seno del Pueblo de Dios.

En este capítulo se encuentra en el centro la categoría *christifidelis*, es decir, el fiel cristiano, el bautizado. La Iglesia es el Pueblo de Dios, integrado por una multitud de miembros, los bautizados, renovados por la acción del Espíritu. Este dato tiene unas enormes implicaciones.

Ante todo la *igualdad fundamental*, y por ello la igual dignidad, de todos los bautizados. La igual dignidad de todos los bautizados significa que cada uno de ellos puede arrogarse la eclesialidad con pleno derecho, pues en esa condición bautismal radica el “timbre de honor y de gloria” de cada uno. En cuanto hijos del Padre y miembros de la misma familia, la jerarquía no puede ser entendida o practicada conforme a los modelos mundanos, es decir, la Iglesia no es una pirámide, dado que todo en ella es servicio; en todo caso habría que hablar de “pirámide invertida”, como dirá Francisco. Así se supera la tentación del clericalismo, que sin duda influye en el malestar que comentábamos anteriormente.

En virtud de la igual dignidad todos los bautizados son *co-responsables* de la misión de la Iglesia. Ningun bautizado podrá retraerse o distanciarse de la Iglesia y su misión. Ciertamente se trata de una responsabilidad diferenciada, porque la Iglesia no es una masa indiferenciada o anárquica, expuesta al capricho o a la arbitrariedad. Precisamente porque la gracia bautismal y el don del Espíritu se concretan y se modulan en función de los carismas y de las necesidades, tiene que existir un orden que haga viable la edificación, que lo

oriente todo a la misión, que garantice la comunión en la diversidad, que sirva al bien de todos, especialmente de los más débiles.

La igual dignidad y la co-responsabilidad quedan ratificadas, profundizadas y ampliadas, por la *condición sacerdotal de todo bautizado*, en cuanto participa en el sacerdocio de Cristo. Este aspecto no ha sido suficientemente desarrollado en la vida eclesial, a pesar de su base neotestamentaria (1P2 2,5; Ap 1,6), de haber sido reafirmado por el Vaticano II (LG 10), y de su potencialidad espiritual y pastoral. El sacerdocio bautismal hace presente la función mediadora y reconciliadora de Cristo en favor de la humanidad: esta acción redentora alcanza su consumación en el misterio pascual, en virtud de la entrega de su vida hasta la muerte y de la entrada en la gloria del Padre, cuando el Resucitado queda constituido como intercesor y pontífice de una alianza nueva e insuperable. En el estado glorificado Jesús establece una comunicación permanente entre la “orilla de Dios” y la “orilla del mundo”; gracias a él ni Dios queda sin mundo ni el mundo queda aislado o separado de Dios. El sacerdocio de Jesús constituye el fundamento y el manantial de la esperanza cristiana y asimismo de toda actividad eclesial.

Esta condición sacerdotal convierte la vida entera del bautizado en una auténtica liturgia (Rom 12,1): toda su existencia, en sus quehaceres cotidianos, queda transformada en culto a Dios en la medida en que vive como discípulo de Jesús al servicio del Reino. Más aún: de este modo *en cada bautizado la Iglesia está en salida*, haciéndose presente en el entramado complejo y difícil de las realidades y de las relaciones humanas, sociales, económicas, políticas. En todas esas circunstancias el bautizado “lleva consigo la Iglesia” (porque es Iglesia), gracias a lo cual se supera toda tentación de clausura o de *ghetto*. Desde este punto de vista podemos hablar de una “Iglesia en salida” como rasgo constitutivo de su ser. San Pablo lo expresa con un lenguaje claro y comprensible: recuerda a los corintios que “vuestro cuerpo” es templo del Espíritu (1Cor 3,16-17;6,10). El cuerpo designa al ser humano en todo el abanico de las actividades que lleva a cabo con los demás (el ocio y el trabajo, lo que hace reír y llorar, los encuentros y los proyectos...), pues en todas esas circunstancias se irradia el perfume de la novedad cristiana: dando testimonio de Cristo en todas partes y dando razón de su esperanza (1Pe 3,15) a quienes se lo pidan. Esta función sacerdotal encierra unas inmensas posibilidades vocacionales.

La centralidad del sacerdocio bautismal ni oscurece ni difumina el sentido y la necesidad del sacerdocio ministerial u ordenado. No deben ser contrapuestos, ni planteados en concurrencia o como alternativa. Uno y otro deben ser comprendidos y vividos en su mutua relación, en una reciprocidad que da sentido a ambos, “pues participan, cada uno a su manera del único sacerdocio de Cristo”. El mismo Vaticano II precisa que entre ellos existe una diferencia “esencial y no solo de grado” (LG 10). Es una expresión ciertamente difícil de precisar. No obstante la *Relatio* presentada en el aula conciliar aporta una explicación iluminadora y enriquecedora (AS 3/1, 500-501): en cierta medida, o bajo un aspecto, el ministerio ordenado antecede al sacerdocio bautismal, pero desde otro punto de vista el sacerdocio bautismal antecede al

sacerdocio ministerial; ello no constituye una contradicción, porque se sitúan a niveles distintos. Desde esta óptica podemos alcanzar su significado más profundo y fecundo: el sacerdocio bautismal se sitúa en el nivel de los fines, y el sacerdocio ministerial en el orden de los medios; dicho de otro modo: el ministerio ordenado tiene como objetivo *servir para que el sacerdocio bautismal* -en el sentido que hemos indicado- *se realice plenamente*, haciendo que la Iglesia exista realmente en salida, como servidora de la humanidad y sacramento universal de salvación.

Esta conjugación de ambos sacerdocios y la dinámica de Iglesia en salida se percibe (y se debe expresar con mayor nitidez) en la celebración de la eucaristía. La comunidad celebrante en su conjunto es protagonista porque es incorporada en el acto sacerdotal y mediador de Cristo. Ahora bien, por un lado la comunidad eucarística no es un grupo amorfo, sino que está articulada de modo diferenciado: *todos* participan de modo activo, *algunos* desempeñan ministerios diversos y *uno* preside expresando la armonía del conjunto. Por otro lado, en la celebración eucarística confluye lo más íntimo del misterio eclesial y lo más externo de su misión (el servicio de la caridad, los proyectos de pastoral, la solidaridad con los clamores del mundo...deben hacerse presentes en la liturgia comunitaria).

En este marco eclesial se expresa con toda claridad la identidad del ministerio ordenado (del sacerdocio ministerial), como icono del Señor resucitado, en una doble dirección: a) por un lado, en cuanto representa al Señor resucitado y así hace visible que la comunidad eclesial (*ekklesia*) no surge por iniciativa humana, sino que es llamada y convocada por el Viviente, el Señor de la Iglesia; b) por otro lado, en virtud de la sucesión apostólica garantiza la vinculación de la comunidad eclesial reunida con el testimonio originario de la Pascua, y a su vez sirve a la comunión entre los distintos miembros de la iglesia y con todas las comunidades eclesiales.

4.- La Iglesia existe en lo concreto

La Iglesia no existe de modo abstracto o genérico sino en un lugar, habitado por personas concretas. Cuando hablamos de Iglesia como realidad personal, como un “nosotros” en cuanto sujeto histórico, y por tanto en un entramado de relaciones personales, estamos diciendo que la Iglesia existe en lo concreto del mundo y de la historia, en bautizados de carne y sangre, con rostros y con nombres únicos e intransferibles, en unas circunstancias sociales, culturales y políticas determinadas.

Así lo confirma la experiencia histórica real, en los diversos procesos en los que nacen las diversas iglesias (eclesiogénesis), según vemos en los relatos neotestamentarios. El ejemplo de san Pablo lo muestra con claridad en sus cartas: en diversas ciudades, de población cosmopolita y multicultural, el apóstol lanza su convocatoria (el *kerygma*) y congrega un grupo que se reúne en asamblea; esas personas se vuelven a dispersar para continuar sus diversas actividades en la vida de la ciudad, sintiéndose Iglesia en salida y ejerciendo su sacerdocio como misión.

Cada una de esas iglesias concretas es consciente de formar parte de la única Iglesia de Cristo, porque todas ellas responden a la misma convocatoria de Dios. Así surgen las *iglesias locales o particulares* (las diócesis), que son definidas por el Vaticano II en *Christus Dominus* 11 como una *porción* (evita hablar de “parte”) *del Pueblo de Dios*, que se confía a un obispo (con su presbiterio), reunida en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía; lógicamente ello supone un grupo humano enraizado en su cultura, en su historia y en su sociedad. Por ello puede concluir el Concilio de modo solemne: en cada una de esas iglesias “está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”. En la misma línea LG 23, al hablar de las iglesias locales, realiza una de las afirmaciones más importantes para el desarrollo de la vida eclesial de las últimas décadas: “En ellas y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única”.

Por ello las iglesias locales deben ser consideradas como la estructura básica de la Iglesia, como la existencia fundamental del “nosotros” eclesial (cf. también SC 44-45). Ahora bien, en ella y junto a ella, existen otras realidades distintas: las *parroquias*, un “modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran”, como una célula de la iglesia local (AA 10) y como presencia de la Iglesia entre las casas y las plazas de los hombres; igualmente se pueden mencionar las delegaciones o servicios de carácter pastoral o sectorial.

En el seno de las iglesias van surgiendo otro tipo de realidades carismáticas, especialmente de carismas comunitarios, que expresan la acción permanente del Espíritu en la edificación de su templo: muchos de esos carismas dan origen a las diversas formas de *vida consagrada* y otras a *asociaciones o agrupaciones de laicos*. Cada una de estas va dando origen a formas de existencia eclesial que, por un lado, deben cuidar y salvaguardar la peculiaridad del propio carisma, pues enriquece la vida de la Iglesia, y por otro deben contribuir a la consolidación de las iglesias locales y a la comunión entre las iglesias. De este modo se va vertebrando el “nosotros” eclesial como *comunidad de sujetos en comunidades-sujeto* al servicio de la misión.

Especial releve merece el sentido y la función de *la familia* como realización de la Iglesia y como una forma genuina de existencia eclesial. Desde un punto de vista porque constituye una estructura básica de la vida social, expuesta en la actualidad a concepciones muy variadas, distintas en gran medida de la figura que ha adoptado durante siglos. Desde otro punto de vista, más directamente teológico, por la estrecha analogía entre familia e Iglesia: la familia es considerada como “Iglesia doméstica” y a su vez la Iglesia es la familia de Dios. Por ello constituye un ámbito privilegiado para que el matrimonio y la voluntad de constituir una familia sean presentados y vividos como un despliegue vocacional de la gracia bautismal y de la misión de la Iglesia en lo más nuclear de las relaciones interhumanas.

Durante los últimos lustros se han dado pasos notables, y existen signos evidentes, que manifiestan ese protagonismo de las iglesias locales, pero no obstante siguen manifestándose desajustes y disfunciones, por lo que debe seguir

avanzándose en la permanente “conversión de relaciones” que haga visible y fecunda una auténtica sinodalidad. Dada la pluralidad de vocaciones que van surgiendo en las iglesias, las cuales expresan y alimentan su vida, debe buscarse una adecuada articulación, que evite dualidades o alternativas peligrosas que deforman el “nosotros” eclesial concreto.

5.- Las vocaciones diversas en el dinamismo de la *ekklesía*

El “nosotros” como sujeto histórico va realizando el sacerdocio común y va edificándose con las piedras vivas que son los bautizados en un dinamismo permanente, estimulado por los dones del Espíritu, de las necesidades de la Iglesia y de las circunstancias de su misión.

En este dinamismo está en juego la figura de la Iglesia, que debe buscar siempre la armonía y el equilibrio para ser de modo efectivo sacramento transparente de la gracia de Dios. Como toda vocación es eclesial, está en juego la decisión individual pero asimismo la decisión de toda la comunidad. Conjugando ambas perspectivas se evitará el desequilibrio de una figura clerical de la Iglesia, cuando unos pocos absorben la eclesialidad que corresponde a todos.

En el amplio espectro de la vida de la Iglesia se va desplegando un amplio abanico de actividades, algunas de las cuales pueden ser consideradas “intraeclesiales” (en cuanto responde a las necesidades de la vida comunitaria) y otras que tienen un carácter más directamente evangelizador, porque se dirigen a los de fuera, a los que no pertenecen a la Iglesia. En esa doble coordenada surgen y se desarrollan vocaciones, y se generan ministerios, que deben ser discernidos, conjugados y articulados.

1.- La comunidad, para funcionar y sobrevivir, **se organiza**. En cada comunidad eclesial existen grupos distintos, cada uno con peculiaridades y objetivos diversos: de jóvenes, de matrimonios, de adolescentes, de catequistas, de servicio caritativo...; para cada uno de esos sectores debe haber personas que lo asuman, lo cual genera organismos de coordinación o de encuentro, de diálogo e intercambio de informaciones, de programación y de evaluación...

En consecuencia la comunidad tiene que encontrar y designar a las personas que desempeñen tales funciones, pues sin ellas la vida y la misión de la comunidad se debilitaría. Son amplios los flancos que deben ser cubiertos, lo cual depende de la magnitud y del contexto; surge así un espacio amplio para el desarrollo vocacional.

2.- La fe **se celebra**, de modo especial en la liturgia (en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía por ser la actualización del acontecimiento que ha hecho nacer a la Iglesia) en cuanto acto comunitario. Esa celebración forma parte del ritmo y de la figura de la Iglesia, pues sin ella la Iglesia quedaría reducida a una organización filantrópica o cultural, una más entre las organizaciones no gubernamentales.

La celebración abre un campo no solo para que todos se sientan miembros activos (mediante la actitud espiritual, los cantos, la inserción en la oración), sino

para que algunos desempeñen funciones específicas y especializadas: uno preside (en el sentido del ministerio ordenado indicado antes), y otros proclaman las lecturas, dirigen el canto, recogen las ofrendas que posteriormente son repartidas entre los necesitados, recitan las preces que recogen las necesidades del entorno inmediato o del mundo entero, acogen y saludan a los asistentes, organizan la posterior visita a los enfermos para llevarles la comunión, informan de las actividades pastorales...

El campo se amplía si tenemos en cuenta otras celebraciones de carácter paralitúrgico, que en la actualidad adquieren especial relevancia: grupos de oración o de *lectio divina* que responde a las necesidades espirituales de muchas personas; en este punto debe incluirse la gama amplia de piedad popular o de religiosidad popular que da origen a cofradías y hermandades, a procesiones, que van acompañadas por actividades de contenido caritativo o cultural; en ellas se conjuga tanto la vida íntima de la comunidad como la presencia de la fe en el espacio público, todo lo cual ha empujado a muchas personas a asumir responsabilidades de gran compromiso.

3.- La fe **se profundiza**, es decir, reclama el esfuerzo de interpretarla, de captar su sentido y sus implicaciones para la vida de los bautizados, de desvelar sus aportaciones para la comprensión del mundo y de la realidad; la Palabra de Dios (es decir, la revelación) debe ser continuamente confrontada con la experiencia eclesial y con los signos de los tiempos; a la vez el contenido de la revelación y de la Palabra de Dios está expuesto a cuestionamientos, a dudas, a objeciones, a confrontación con otra serie de datos y de experiencias...

Sin esta tarea de profundización la fe quedaría reducida a fundamentalismo o a credulidad irracional; de este modo el grupo de los creyentes se convertiría en un *ghetto* o en un bunker, aislándose del entorno, contradiciendo de este modo su misión originaria. El dinamismo de la fe reclama la participación de muchos: en la antigüedad hubo doctores, actualmente hablamos de teólogos y de exegetas, de profesores de religión...; esta actividad durante siglos ha sido protagonizada fundamentalmente por sacerdotes, mientras que los laicos quedaban al margen (eran los iletrados o incultos), pero no podemos olvidar casos eximios de laicos comprometidos en esa tarea, como Orígenes; en la actualidad se ha ampliado el número de laicos dedicados a esa tarea, tendencia que debe ser apoyada y potenciada por las comunidades eclesiales.

En nuestro actual contexto cultural el conjunto de los bautizados se ve confrontado con las realidades mundanas y sociales, con todo tipo de saberes y de ideologías, y por ello debe dar razón de su esperanza mediante la apología y la defensa frente a las acusaciones, reproches, incomprensiones o calumnias dirigidas contra la revelación, contra la fe o contra la Iglesia. Desde los primeros tiempos esta necesidad suscitó vocaciones significativas, y en el momento presente hay casos semejantes; actualmente se necesitan personas que trabajen en la formación permanente de todos los bautizados.

4.- La fe **se transmite y se comunica**, en direcciones distintas porque se dirige a grupos sociales diversos: a las nuevas generaciones, a los convertidos, a los no creyentes... Cada grupo de destinatarios reclama modulaciones distintas: como primer anuncio a aquellos que nunca han escuchado el mensaje evangélico, como catequesis respecto a aquellos que se preparan para su inserción en la comunidad eclesial, como diálogo con miembros de otras creencias, como enviados *ad gentes* y presentes *inter gentes*...

También en este campo el desarrollo vocacional es muy amplio: algunos colaboran como catequistas que realizan su función de modo regular; hay intelectuales que recurren a la palabra o a la pluma para hacer presente el mensaje cristiano...; de modo general todos están llamados (incluso, podríamos decir, obligados) a adoptar una actitud consciente de diálogo con miembros de otras religiones o ideologías.

5.- La fe **se anuncia**, es decir, se hace anuncio y mensaje, en la vida cotidiana y en las relaciones sociales habituales. En determinados momentos, cuando desaparece el estado de cristiandad y cuando la fe no se transmite de modo automático (es decir, por el hecho biológico del nacimiento) están todos llamados a hacer perceptible, comprensible y atractivo, el Evangelio. El capítulo segundo de *Ad Gentes* describe la acción misionera de un modo muy concreto y al alcance de todos en cualquier parte del mundo: mediante la cercanía a los conciudadanos, mediante la solidaridad con las necesidades de la colectividad...

Esta vocación universal debe ser modulada por cada uno de los bautizados según su situación y circunstancia: en cuanto ciudadano haciendo presente el mensaje evangélico en el espacio público, en cuanto intelectual dialogando con los no creyentes o con los agnósticos, en cuanto habitante de la ciudad dialogando o entablando relaciones cordiales con los vecinos que pertenecen a otras religiones, en cuanto misionero... Desde este presupuesto se estará en condiciones de dar razón de su esperanza cuando sea requerido, y el primer anuncio no podrá ser reducido a método o estrategia sino que pasará a convertirse en un modo de ser, en un estilo de vida que pueda resultar interpelante y atractivo...

6.- La fe **se testimonia**, en línea con lo que acabamos de decir, en los distintos ámbitos de su vida: familiares, profesionales y laborales, lúdicos y culturales... A este nivel se pone en marcha el "acto misionero", que se inicia -como presupuesto irrenunciable- desde la inserción en la vida real, en sintonía con los problemas y expectativas de una sociedad determinada; el estilo evangélico de vida debe reflejarse en una novedad existencial como propuesta e invitación; la vocación bautismal alimentará la espiritualidad del testigo: aquel que no se anuncia a sí mismo, sino algo más grande y más profundo, a lo cual remite con sus palabras y acciones; el testigo hace visible a la Iglesia como sacramento de la unión de Dios con la humanidad y de la humanidad entre sí.

El testimonio, siempre humilde y servicial, evita todo tipo de imposición o de estrategias de conquista, respeta enteramente la libertad de los otros; está sin embargo abierto al diálogo, al intercambio de opiniones, proceso de relación

interpersonal en el que se puede nombrar a Aquel que hace posible ese tipo de vida y de comportamiento.

7.- La fe **se compromete**, es decir, se ha de hacer presente en las situaciones de anti-Reino, en los contextos de irredención, en los dramas de la historia, en las periferias existenciales... La ortodoxia, es decir, el anuncio del kerygma y de la fe recta, debe ir acompañada de la ortopraxis, es decir de acciones y actividades que luchan contra la injusticia y la exclusión; en la base debe encontrarse asimismo la ortopatía, es decir, dejarse afectar y conmover por el sufrimiento de los marginados y vulnerables. La comunidad eclesial no puede cerrarse en la zona de confort de la satisfacción espiritual des-encarnada porque está enviada y en salida, por lo que capta los gritos y los lamentos de la humanidad.

Este “recto sentir”, que es palpar con el sufrimiento de los vulnerables, es la base de la misericordia y de la compasión: poner el corazón junto al desgraciado y padecer junto a él refleja el actuar del mismo Dios en su relación con la humanidad, y del mismo Jesucristo (“rostro de la misericordia del Padre”) que se abajó hasta compartir el rechazo, la persecución y la muerte injusta. Siguiendo sus pasos, numerosos cristianos descubren y realizan su vocación comprometiéndose entre los pobres y entre los enfermos, entre los presos y los marginados, entre los descartados y los humillados, entre los inmigrantes y los refugiados... Este compromiso vocacional con las personas concretas debe llegar hasta las estructuras sociales y políticas, tanto mediante la denuncia como mediante los análisis científicos o el protagonismo en instituciones y organizaciones de diverso tipo. El amor (y por ello el compromiso) cristiano reclama una mediación socio-política, no puede quedarse en lo teórico, abstracto o genérico. El campo de la economía, de la política, del sindicalismo, de la empresa, de los movimientos sociales ofrecen posibilidades múltiples de despliegue y de realización vocacional, tanto de modo individual como asociado. Gracias a estas concreciones la Iglesia queda enormemente enriquecida, pues la dimensión laical permitirá configurar una Iglesia menos clerical.

Como se ve, las dimensiones plurales de la Iglesia permiten (y reclaman) que los bautizados, cualquiera que sea su estado o situación, modulen su propia vocación como Iglesia: los jóvenes y los esposos, los profesionales y los jubilados, los niños y los discapacitados... encuentran posibilidades para hacer presente en medio del mundo el aspecto del amor de Dios manifestado en Cristo que a cada uno resulta más atractivo o más necesario.

6.- El protagonismo de la comunidad en el florecimiento vocacional

Dado el amplio espectro de dimensiones y de posibilidades, y teniendo en cuenta que todas las vocaciones son necesarias, una espiritualidad auténticamente eclesial no puede entenderlas como rivales o concurrentes, sino como una gracia para el enriquecimiento recíproco, para la solidez del “nosotros” eclesial. Desde este presupuesto se podrá articular de modo efectivo la co-

responsabilidad diferenciada, como acto de fidelidad a la propia vocación, a la Iglesia, al entorno político y a la familia humana.

Para que ello sea realidad se requiere que junto a la opción personal se reconozca el protagonismo de la comunidad como sujeto consciente y responsable: es ella la que tiene que cuidar su figura y su testimonio colectivo, y por ello ella tiene que llamar y discernir; en consecuencia toda pastoral de la Iglesia debe ser pastoral vocacional; por ello la crisis vocacional, en la medida en que exista, será *también crisis de los que no llaman* (de ahí la importancia de crear una cultura vocacional que penetre la sensibilidad de todos los bautizados).

Toda vocación es comunitaria/eclesial y por tanto sinodal, en cuanto que en la propia vocación hay que reconocer la prioridad de los otros y la vocación/misión de la Iglesia, del “nosotros”. En la medida en que no se haga así, se cae en el clericalismo, que es ciertamente tentación de los clérigos, pero igualmente de los laicos. Francisco ha alertado con frecuencia frente a este peligro, que se produce cuando la vocación es utilizada para ocupar espacios (de poder) más que para suscitar procesos en favor del testimonio y de la misión comunitarios. En la misma línea en *Gaudete et Exsultate* advierte de un doble peligro en la vocación común a la santidad: el gnosticismo y el pelagianismo; ambos en último término acaban en un inmanentismo antropocéntrico y en un elitismo narcisista, en un autoritarismo que se apoya en la propia superioridad que busca imponerse sobre los demás. Esta actitud relega la necesidad prioritaria de caminar con los otros de cara al encargo de evangelizar.

Por ello la comunidad debe ser protagonista también en las vocaciones singulares. Cada uno debería afirmar como san Agustín: para vosotros soy catequista, director de canto, administrador de las colectas... pero con vosotros y entre vosotros soy cristiano. Esta actitud constituye un criterio que garantiza el carácter auténtico de la vocación cristiana.

Este (necesario y conveniente) protagonismo de la comunidad puede ser iluminado y confirmado por algunos testimonios de la antigüedad que pueden interpelar nuestro presente. Resulta sorprendente constatar que durante siglos, en los que las necesidades no eran menores que en la actualidad, no se encuentran en la literatura cristiana referencias a lo que hoy denominamos “problema vocacional”. La razón parece evidente: la comunidad como tal trata de cultivar el florecimiento vocacional. Los mismos cristianos normales, en cuanto se sentían Iglesia, sin ser misioneros “oficiales” contribuyeron a la difusión del Evangelio a través de las gestiones comerciales, de los viajes de diverso tipo, de la movilidad del ejército...; en el caso, posible en los primeros siglos, de que el obispo fuera iletrado (*Didaskalía Apostolorum* 4) adquiriría más importancia la función y la tarea del lector... Las necesidades de la vida comunitaria y la conciencia eclesial provocaban el florecimiento de vocaciones diversas para el bien común y para la misión.

Esta lógica de fondo se percibe con claridad en el caso de los ministros ordenados. A nivel de principio quedaban excluidas (hasta ser consideradas nulas en ocasiones) las ordenaciones “absolutas”, porque parecía obvio que toda

ordenación se realizaba de cara a un ministerio concreto, nunca de modo general e indeterminado.

La consagración de un obispo para una diócesis deja ver el papel protagonista de la iglesia que lo recibe, que ha de expresar su aceptación y su acogida. En el centro no se encuentra la transmisión de poderes a un individuo concreto, sino el don que se otorga a una iglesia, la cual debe expresar su aceptación en el acto litúrgico.

La clave del proceso se encuentra en la necesidad de la iglesia, no tanto en la iniciativa o predisposición del sujeto. Incluso la iniciativa particular era vista con reticencia, porque se sospechaba que pudiera ocultar intereses inconfesables de poder, de prestigio o de dinero. Hubo ocasiones en las que la comunidad llegó a “forzar” a algunos monjes a aceptar el episcopado, y son conocidos casos de personajes relevantes (Cipriano, Ambrosio, Agustín...) que son aclamados públicamente como candidatos al episcopado de la iglesia, porque los consideraban adecuados en aquel momento histórico concreto (aunque aún no estuvieran bautizados, como Ambrosio de Milán). No era infrecuente (como en el caso de Agustín) que los afectados procuraran evitar el nombramiento, mediante la huida o el ocultamiento. Esta reacción sin embargo era vista como un dato a su favor.

Igualmente ilustrativa es la argumentación de algunas de estas personas cuando superan sus reticencias y aceptan la propuesta de la iglesia: el cristiano no debe vivir para sí mismo sino para Jesucristo que se hace presente en su comunidad; la actitud de servicio y el amor al prójimo implica dar una respuesta a las necesidades de la Iglesia.

En la vida misma de la Iglesia se contienen una eclesiología y una espiritualidad vividas, que conservan plenamente su valor más allá de los condicionamientos históricos: en cada discernimiento vocacional debe tenerse en cuenta el bien de la iglesia, y la misma iglesia debe realizar un discernimiento vocacional para garantizar la fidelidad a su identidad y a su misión.

6.- El discernimiento comunitario

Para que cada uno de los bautizados aprenda la importancia del discernimiento a nivel personal es importante que experimente esa práctica como algo habitual a nivel de diócesis y de parroquia. En el Nuevo Testamento, especialmente en Hechos de los Apóstoles, encontramos ejemplos paradigmáticos, propios de una Iglesia que está dando los primeros pasos en su camino histórico, si bien con métodos y actitudes que encierran un valor permanente para discernir vocaciones, carismas y ministerios.

El capítulo 6 de Hechos de los apóstoles narra el proceso realizado para identificar personas que pudieran atender a los sectores que se sentían marginados, porque los apóstoles tenían que dedicarse a lo más peculiar de su carisma y de su ministerio. En el capítulo 15 se relata el encuentro en el que se establecieron los criterios de cara a la admisión de los paganos en el seno de la comunidad, pues su integración planteaba problemas o reticencias en algunos. En estos casos se trata de interpretar los signos de los tiempos, de iluminar desde la

Palabra de Dios las necesidades del momento, de reconocer los carismas o capacidades de algunos en beneficio del “nosotros”.

Por su brevedad y concreción puede servir como magnífico punto de referencia 13,1-3. Conviene señalar de modo explícito algunos aspectos que nos permitan captar la hondura de lo que aparentemente no son más que anécdotas o sucesos circunstanciales.

Ante todo se presenta como protagonista la *ekklesia*, reunida como asamblea en un contexto litúrgico, conscientes de la presencia y de la acción del Espíritu que realiza la unión del “nosotros” con el objetivo de la misión a realizar. En ese marco surge la interpelación: el Evangelio, a partir de Jerusalén, había llegado hasta Antioquía, gracias a la acción de misioneros y al aliento del Espíritu; en consecuencia se les impone de modo necesario el interrogante: ¿el Evangelio ha llegado a Antioquía para quedarse allí, o como un lugar de paso para llegar a otros lugares, a otras personas? La *ekklesia* se sitúa ante el dinamismo del Evangelio, pues de él nació ella misma y por tanto debe existir a su servicio.

La respuesta resultaba obvia. A partir de esa opción comunitaria se impone el paso siguiente: ¿quién de los presentes tiene la vocación (o el carisma) para asumir esa responsabilidad en nombre de todos? La designación de Pablo y Bernabé acontece por el Espíritu a través de la comunidad porque van a asumir una misión en nombre de todos y en favor de todos. Podemos decir que Pablo y Bernabé han integrado su propio discernimiento en el seno de la *ekklesia* y en la fecundidad del Espíritu.

El proceso de discernimiento finaliza con la imposición de manos de todos los presentes sobre quienes han sido a la vez llamados y designados. La vocación y el carisma desembocan -podríamos decir- en un ministerio de la iglesia. Lo personal y lo comunitario se funden en la *ekklesia* y en el Espíritu. La decisión vocacional de la persona individual no puede quedar aislada de la vida de la comunidad, de la misión de la iglesia concreta.

El discernimiento vocacional personal es a la vez comunitario, porque así la iglesia adquiere una figura coherente con su identidad, pues no puede carecer de vocaciones que se consagren al Evangelio en su voluntad de alcanzar a todos los pueblos; gracias a ello cada uno contribuye al equilibrio y a la armonía del conjunto eclesial.

En este tipo de discernimiento podemos ver una doble dialéctica, que forma parte del estilo sinodal y que contribuye a la vertebración y a la consolidación del sujeto eclesial, por lo que igualmente le debemos reconocer un valor permanente.

En primer lugar la *dialéctica algunos/todos*: en la Iglesia todo es de todos, pero no todos pueden hacerlo todo, por lo que algunos -en nombre de todos y al servicio de todos- asumen una determinada tarea, que no por eso deja de ser de todos. La propia vocación surge en muchas ocasiones al constatar las carencias o necesidades de la vida eclesial. Es la iglesia, por ejemplo, la responsable de la educación y de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones; pero no todos

pueden ser catequistas; por tanto algunos lo asumen como vocación (o ministerio) en la Iglesia; la presencia del Evangelio en el espacio público o en el territorio corresponde a la iglesia en su conjunto, pero algunos lo asumen de modo más consciente participando en las organizaciones del barrio, en los movimientos sociales o en las estructuras económicas y políticas; este compromiso lo realizan desde su condición de vecinos del barrio, de sus competencias profesionales, o de miembros de una familia.

En segundo lugar la *dialéctica carisma/ministerios*; la Iglesia, como realidad personal movida por el Espíritu, es una realidad carismática: el mismo Espíritu enriquece los dones naturales de las personas con gracias particulares que potencian aquellos; el carisma contiene siempre un triple momento: a) es un don personal, b) otorgado en el seno de la iglesia y en favor de la iglesia, c) para que esta pueda realizar su misión. El dinamismo carismático no debe ser fuente de anarquía o de desorden, como advertía el mismo Pablo: por un lado ensalza como el más elevado de los carismas la caridad, pues favorece la unión del edificio eclesial; por otro lado recuerda que los diversos carismas se necesitan recíprocamente, pues cada uno es un órgano necesario para el buen funcionamiento del cuerpo (de Cristo). Algunos carismas pueden dar origen a la constitución de ministerios, cuando el discernimiento comunitario considera que se trata de funciones permanentes, esenciales y estables.

Seguramente aquí encontramos una de las carencias más llamativas de nuestras prácticas eclesiales: la falta de práctica en el discernimiento de los carismas y la falta de creatividad en la constitución de ministerios. Es un campo abierto para el futuro: dejar espacio al desarrollo de las vocaciones y de los carismas para identificar los que merecen ser establecidos como ministerios.

El Sínodo sobre la sinodalidad aporta perspectivas y propuestas sugerentes y prometedoras en este campo. Alude a la conveniencia de discernir si entre las funciones que realizan los ministros ordenados hay algunas que podrían ser asumidas por otras personas. Igualmente insiste repetidamente en la conveniencia de que las diócesis, en virtud del contexto concreto, actúen con creatividad para suscitar las vocaciones y los ministerios en ámbitos de la pastoral especialmente urgentes o relevantes.

El discernimiento debe afectar a la recepción y desarrollo de las novedades suscitadas a raíz del Vaticano II; de modo concreto: ¿la nueva modalidad del diaconado ha servido para descubrir y valorar el ministerio diaconal, no como paso hacia el presbiterado sino como necesidad de la Iglesia?, ¿ha habido toma de conciencia de las actividades o funciones que pueden desempeñar los lectores y acólitos, tanto hombres como mujeres?, ¿es suficiente la revalorización del ministerio catequético o se requieren iniciativas más intensas?, ¿son suficientemente significativas y relevantes las celebraciones de envío al inicio del curso, como ya se va haciendo habitual en muchas diócesis?

7.- La configuración de una cultura vocacional

La Iglesia, en cuanto comunidad de llamados, es madre de vocaciones, generadora permanente de vocaciones, en las que debe tener en cuenta tanto las necesidades de la Iglesia como los signos de los tiempos.

Desde esta doble coordenada se comprende que la pastoral vocacional no debería ser considerada como una parte o como un sector de la pastoral, sino como transversal a toda la pastoral; si la pastoral es realmente global y busca el equilibrio de la figura de la Iglesia, vive-de y a la vez fomenta la existencia de vocaciones más especializadas; así adquiere todo su sentido eclesial el consejo diocesano de pastoral o el consejo parroquial, pues deben tener en cuenta la presencia de todas las dimensiones o actividades de la Iglesia. Desde esta clave podemos entender y aceptar que la pastoral vocacional es la perspectiva originaria de la pastoral general (*Christus vivit* 26), e incluso que la pastoral vocacional es la vocación de la pastoral.

Desde este punto de vista la confirmación como sacramento del Espíritu puede mostrar todo su sentido en la dinámica de la iniciación cristiana. El Espíritu ya actuaba en la renovación bautismal pero se manifiesta (a la luz de Pentecostés) en toda su pluriformidad a la luz de la misión, de la salida del cenáculo, en el encuentro con la pluralidad de la humanidad; en la confirmación la presencia del obispo ratifica en lo concreto la dimensión comunitaria de la vocación/carisma, que apunta en la eucaristía, donde se sella la eclesialidad de la vocación.

La *ekklesia* queda así constituida como activa en el discernimiento, la promoción y la aceptación de cada vocación; es la *ekklesia* la que debe ayudar a descubrir, y por eso también debe acompañar y crear itinerarios formativos y espirituales para los llamados.

No resulta exagerado afirmar que es una pastoral difícil, porque apunta a lo más peculiar del ser-Iglesia; pero por ello debe llevar consigo los mejores esfuerzos, y debe ser acompañada por una acción permanente de oración (como invocación al Espíritu), debe reflejarse en la liturgia, especialmente en la eucaristía dominical, para hacer patente la constitución vocacional de la asamblea y el ejercicio real de ministerios y vocaciones en la vida cotidiana de la Iglesia.